

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Josep Massot, monje de Montserrat
12 de agosto de 2007
Sab 18, 6-9; Heb 11, 1-2.8-19; Lc 12, 37-48

Sed bienvenidos todos los que habéis subido a Montserrat, en este segundo domingo de agosto, y un saludo muy especial para los que nos siguen a través de la radio, sobre todo los enfermos y los ancianos. Empezamos esta eucaristía reconociendo nuestros pecados. Reconozcamos que toda nuestra fuerza viene de Padre, que toda nuestra esperanza se fundamenta en la salvación que él nos ha dado.

En el evangelio que acabamos de escuchar nos golpea de una manera especial una frase: "Donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón". Tanto el evangelio como las otras dos lecturas que lo han precedido nos permiten aspirar a dos grandes tesoros que no son, ni mucho menos, los que preocupan a nuestra sociedad de consumo desenfundado, a nuestro mundo occidental sumergido sólo en una carrera de desarrollo creciente, aunque sea a costa de todo el resto del mundo, en una carrera de armamentos que cada vez hace más peligrosa la convivencia mutua, y en una búsqueda del bienestar que favorece el egoísmo personal y colectivo y frena el sentido de la solidaridad y de la justicia.

El primer gran tesoro que nos propone la palabra de Dios que hemos oído es Dios mismo, el señor que volverá a la hora menos pensada, que tenemos que esperar con la luz encendida y con el cuerpo ceñido, como los judíos esperaban la salvación durante la noche de Pascua, en la conmemoración de la salida de Egipto. Nuestro gran tesoro es Jesucristo y tenemos que esperar su retorno velando, atentos a los valores que él nos ha enseñado y de los cuales hacemos el memorial cada domingo cuando nos reunimos para celebrar la eucaristía, con la misma fe de Abrahán, de Isaac y de Jacob, sintiéndonos herederos de la misma promesa.

Otro gran tesoro que nos propone el evangelio son los pobres de nuestro mundo. "Vended vuestros bienes, y dad limosna", nos exhorta. Los miserables, los marginados, los maltratados por la vida, tanto si son de nuestro mundo privilegiado como si son de los países que llamamos de "tercer mundo", tienen necesidad de todos nosotros y no nos podemos desentender de ninguna manera, ni podemos escaquearnos de nuestros deberes o de nuestros remordimientos pensando que no podemos hacer nada y que son los gobiernos y los poderosos los que lo tienen que resolver todo, o pensando, todavía peor, que no hay nada que hacer y que las desigualdades y las injusticias son irresolubles e inevitables.

Dentro de nuestra esfera de acción, grande o pequeña pero siempre modesta, hacemos como el administrador bueno y fiel, que cuando llega el amo hace lo que hace falta, reparte lo que toca y cumple la misión que le ha sido encomendada. Confiemos en Dios, que nos invita a compartir los bienes con los que tienen necesidad y reuniremos para el cielo un tesoro que no se agotará, sino que nos hará atentos y vigilantes, inasequibles en la indiferencia estéril y al cansancio. Como cantábamos en el salmo responsorial, tengamos puesta la esperanza en el Señor, auxilio nuestro y escudo que nos protege, y le pedimos que este amor no nos deje nunca. Que ésta sea la esperanza que ponemos en él.